

La luna de Valencia

Eunice Rojas

Por lo demás hay que ser imbécil, hay que ser poeta, hay que estar en la luna de Valencia para perder más de cinco minutos en estas nostalgias...

—Julio Cortázar, *Rayuela*

Recuerdo de pequeña haber escrito un cuento en el colegio en que descubrí después de muchos años que el pueblo donde había pasado todos los veranos de mi infancia había desaparecido, o más bien que nunca había existido. Tendría por aquel entonces unos catorce o quince años y conservaba aún los temores típicos de los niños que sufren de un exceso de imaginación. Entre las cosas que más me asustaban estaba el temor de que mi padre cumpliera con su amenaza de vender la casa del pueblo donde veraneábamos para así privarme de mi paraíso personal. De pequeña esta idea me aterraba hasta el punto de causarme pesadillas, pero con el paso de los años me di cuenta de que mi padre, por mucho que se quejara, nunca iba a deshacerse de la casa de aquel pueblo donde él también había pasado los años más felices de su juventud. Así, con el tiempo, empezó a borrarse este temor.

Sin embargo, en el cuento que escribí, la casa se vendió y nunca más volví a ver aquel pueblo que se encontraba en un valle al pie de unas montañas ni a las personas que allí había conocido. El cuento lo consideré una obra maestra, pues había logrado describir no sólo la nostalgia de otro tiempo cuando la vida seguía su rumbo a miles de kilómetros y años de distancia sino también la desesperación de descubrir décadas más tarde que los veranos felices de mi pasado no eran más que una traición de la memoria.

Pese a mi primera reacción, mi orgullo de escritora pronto se convirtió en la desilusión del fracaso cuando compartí el cuento con una compañera que inmediatamente me informó que había visto un episodio de uno de estos programas

de historias fantásticas con la misma trama. Ante la certeza de haber creado algo que sólo merecía transmitirse por la tele acompañada de una musiquita ominosa, eché una ojeada más al papel escrito con mi letra infantil antes de hacerlo pedazos.

¿Recuerdas que una vez te dije que recordaba todas las veces que me habías tocado? Más tarde te confesé que había perdido la cuenta, pues sería imposible a estas alturas mantener almacenados de manera ordenada los recuerdos de todos los momentos en que tu piel se puso en contacto con la mía.

En vista de la recepción que había tenido mi primer cuento, decidí no escribir más y me dediqué de lleno a vivir la vida en vez de intentar escribirla. Con los años me fui olvidando del cuento a medida que iba deshaciéndome también de los temores que de niña había tenido. Por lo tanto, las pesadillas de perder la casa del pueblo se hicieron menos temibles cada año que regresaba y seguía siendo nuestra hasta que en algún momento se cayeron en el olvido.

Aún así, tampoco es que los recuerdos se hayan perdido, sino que ahora, en vez de mantenerse quietos en una lista cronológica, vagan libremente por mi mente sin que yo los pueda controlar. A veces surgen de la nada y en el momento más inoportuno me estremezco pensando en ti.

En el cuento lo perdí todo en un abrir y cerrar de ojos como el que regresa a casa después de un día difícil en el trabajo y descubre que ya no tiene casa, ni familia ni nada de lo que recordaba tener. En realidad no pasó de repente sino que los recuerdos se fueron perdiendo poco a poco. Se fueron desapareciendo uno por uno casi sin que yo me diera cuenta. Al caer en desuso se hacían cada vez más borrosos, el enlace del ahora con el entonces más ténue y el impacto del pasado en el presente más leve.

Lo primero que perdí fue el orden de las cosas. Los recuerdos quedaban allí, pero se mezclaban en la memoria y alegremente saltaban de un lugar a otro en el tiempo. Recordaba el qué, pero no el cuándo... La noche que las hijas del cartero y yo nos escondimos en el bosque para ver cómo Lola la Loca entregaba su cuerpo al abuelo del Mono a cambio de un bocadillo de jamón y queso ¿fue antes o después de aquel verano en que te descubrí?

Otras veces para darme placer (o para torturarme) evoco los recuerdos yo, rastreando en la memoria para poder volver a sentir aquel vértigo inolvidable. Tus miradas se convierten así en los besos que nunca me diste y tus palabras en las caricias que quizá sólo soñé. No recuerdo la primera vez que te vi, pues siempre te he conocido, pero sé que cuando por vez primera me clavaste los ojos de aquella manera que muchas veces más harías, acababa de amanecer y tú descargabas el camión del correo y yo salía de casa a correr. Me habías visto mil veces, pero nunca me habías mirado así.

Entonces se me fueron los nombres, primero los nombres propios que una vez habían correspondido a los apodos (¿cómo se llamaba en realidad el Mono?)

y después, uno por uno se me fueron escapando los nombres de las personas de la periferie de mi realidad... el de la madre de Ana de Casa Ana que se murió a gritos durante un verano entero mientras Ana me regalaba chocolates cada vez que iba a comprar con mi madre (¿o es que nunca supe su nombre?)...el de la amiga de la hija menor del cartero que pasó una semana en casa de ellos un verano y provocó todo un escándalo cuando se desnudó ante el público veraniego que se bañaba en el río...

En las semanas que siguieron este primer encuentro aprovechaste cualquier oportunidad para regalarme una de estas miradas que me penetraban hasta el alma. Sin decirnos nada pasábamos el día entero buscándonos sólo para acabar intercambiando unas palabras insignificantes y una de estas miradas furtivas. Después de un tiempo (quién sabe cuánto...) empezamos a vernos a solas, primero por casualidad, pero después a propósito, olvidando el peligro y haciendo caso omiso a la imprudencia.

La pérdida de los nombres llegó al punto en que hasta las hijas del cartero se convirtieron en caras borrosas y yo llegué incluso a dudar de mi propio nombre, pero no del tuyo. Con los nombres se iban esfumando uno por uno también los eventos. Primero los que no presencié, que alguna de las hijas del cartero me contaría en una de aquellas tardes interminables a orillas del río, y después los en que yo misma participé. Mi propio pasado se convertía en sueño, en uno de estos sueños que se olvida al despertar.

Durante el primer encuentro en la intimidad esta mirada llevó a un abrazo, el abrazo a una caricia (inocente pero sentida), la caricia a la fuga y así en un ciclo interminable cada vez que nos veíamos, excepto que con cada encuentro el abrazo duraba más, la caricia se volvía menos inocente y la fuga tardaba más en darse. No sé cómo ni cuándo, pero llegué a necesitarte con una desesperación aterrante a pesar de saber que nunca podría tenerte (¿o fue precisamente por esto?)

Ahora a veces intento recuperar mi pasado perdido, pero ya sólo quedas tú en mi memoria... tus palabras, tus ojos, tus manos y la sensación de tenerte cerca. Son ya los únicos recuerdos que se resisten al olvido.

Con el tiempo los descuidos se hicieron más frecuentes y tus hijas empezaron a sospechar que algo no andaba bien. Finalmente el temor de que todo quedara al descubierto hizo que una fuga como cualquiera se hiciera definitiva. Se cortó el ciclo y cuando quise volver a sentir la intensidad del vértigo, sólo quedaba el dolor del golpe de la caída.

Ahora, después de haber pasado tantos años, lo que me desespera es el deseo de hacer renacer los recuerdos de mi pueblo. Cuando miro hacia el pasado sólo veo el paisaje y las calles vacías, pero ahora sé que allí se encuentra algo que perdí y lo quiero recuperar. Me paso horas escribiendo cartas llenas de preguntas para que las hijas del cartero me ayuden a refrescar la memoria, pero no recuerdo a quién se las tengo que dirigir y dudo que el cartero se las haga llegar.